

KORTAZAR Jon, *Teoría y práctica poética de Lauaxeta*, Bilbao, Colección Magisterio, Derio-Desclée de Brouwer, 1986, 296 ps. ISBN 84-3300681-9.

Este libro es originalmente una tesis doctoral, leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Deusto y que recibió merecidamente la máxima calificación.

Nos parece importante esta precisión, porque con ella pretendemos ya de entrada señalar una de las notas más importantes de este estudio sobre la figura poética de Esteban Urkiaga, «Lauaxeta»: la seriedad metodológica, el rigor científico —en la medida en que se puede hablar de ciencia en crítica literaria— y la coherencia de la investigación.

Y no sólo por el carácter incompleto, fragmentario y aproximativo que hasta ahora ofrecían los estudios sobre la obra poética de Lauaxeta, sino porque este libro del profesor Kortazar marcó un avance diríamos que cualitativo en el actual panorama de la crítica universitaria vasca.

Como el propio autor señala en su Introducción, sólo un par de poetas vascos han merecido la atención de una tesis doctoral: la dedicada por Patxi Altuna al estudio de la versificación de Detxepare (1979) y el estudio de Haritschelhar sobre ese «poeta maldito a la vasca» que fue el infortunado Etxahun (1969). Hay monografías sobre otros poetas mayores de la literatura vasca, Lizardi, Mirande..., pero en más de un caso no tienen ni la seriedad metodológica ni el rigor descriptivo que era legítimo esperar y exigir.

La existencia de una crítica universitaria, siquiera incipiente —la que comienza a surgir en nuestras Facultades de Euskal Filología—: hace abrigar esperanzas para un futuro que con este libro de Jon Kortazar, profesor él mismo en la Universidad del País Vasco, ha empezado a hacerse presente.

La tesis doctoral del profesor Kortazar era por supuesto más voluminosa que lo que ahora se nos ofrece en forma de libro, y más amplia en cuanto a la naturaleza y el número de cuestiones estudiadas a propósito de la poesía de Lauaxeta.

El necesario trabajo de supresión, reducción y condensación en el paso al libro queda claramente explicado y justificado por el propio autor. Y no tanto porque algunos capítulos se hayan publicado o vayan a publicarse aparte, sino porque los cuatro capítulos retenidos —el segundo con nueva redacción— «recogen con fidelidad la hipótesis defendida y las pruebas utilizadas para su defensa, mientras que aligera el texto de repeticiones propias de una redacción pendiente más de una metodología académica que del propio discurso».

Efectivamente, porque aparte de ofrecérsenos una estructura y una disposición más didácticas, la concisión supone en este caso aumento de claridad y diríamos incluso que

de exactitud, enfatizadas sin duda por la perfecta simetría según la cual aparece organizado este estudio sobre la obra poética de Lauaxeta: dos partes —teoría y práctica poética— y a su vez dos capítulos en cada parte: un ensayo de interpretación del pensamiento de Lauaxeta sobre la poesía, y contextualización literario-social de ese pensamiento, en la primera parte, y en la segunda, el análisis de la obra poética publicada en libro: *Bide barrijak y Arrats beran*.

Quedan, por tanto, fuera, o mejor, no son objeto directo del análisis, otra serie amplia de poemas que su autor nunca recogió en libro. Funcionan como «fuente de información», porque, en palabras del propio Kortazar, «hemos querido respetar la imagen que el autor dió de sí mismo al recoger y publicar unos poemas en una unidad que llamamos libro de poesías».

Si parece respetable esa imagen que cada autor quiere dar de sí mismo, cuando decide y selecciona lo que ha de publicar en libro, pensamos que no son por ello menos respetables esos otros textos, desparramados al hilo de los días en periódicos y revistas, aunque nunca tomaran la alternativa del libro y desde luego los textos inéditos si los hubiera. Sobre todo, cuando el estudio crítico se hace sobre un corpus definitivamente cerrado, como es el caso de Lauaxeta.

La primera parte del libro, dedicada al estudio de la teoría poética de Urkiaga, tiene a nuestro juicio un evidente interés.

En primer lugar por la amplitud de los materiales en que Kortazar ha basado su investigación. Y luego, lo que es más importante, por las conclusiones a que se llega, a propósito de la teoría poética de Lauaxeta.

Habría que destacar, a nuestro juicio, la amplitud y la modernidad de visión estética y literaria desde la que el poeta se plantea su quehacer poético, y su evidente carácter renovador en el panorama de la literatura y de la poesía vasca de los años treinta.

El mérito de Kortazar no está sólo en su certero análisis y diagnóstico sobre el momento —el movimiento de renovación literaria capitaneado ideológicamente por Aitzol, o la polémica Lauaxeta/Orixe, a la hora de marcar en la práctica poética el rumbo de una poesía que fuera moderna —¿o clásica?— sin dejar de ser vasca; sino sobre todo el profundo estudio de las fuentes en que Lauaxeta ha bebido los complejos y ricos elementos de su teoría poética, y que van desde el romanticismo alemán hasta la generación del 27, pasando por el simbolismo francés o las estéticas de fin de siglo.

Es preciso subrayar este aspecto, porque es algo de lo que adolece frecuentemente la crítica literaria vasca, que no tiene en cuenta suficientemente esa necesaria contextualización de nuestra historia literaria.

Kortazar lo hace desde un conocimiento bastante profundo y riguroso de los movimientos literarios y de las corrientes ideológico-culturales que entre el XIX y el XX han condicionado en Europa el desarrollo y la evolución de la literatura.

Hay dos lecciones que se deducen con evidencia de esta primera parte: la complejidad y la modernidad del proyecto poético de Lauaxeta, y, por lo que se refiere al estudio de la literatura vasca, sobre todo la moderna, la necesidad de situar la reflexión crítica en contextos suficientemente amplios, para que el hecho literario vasco no se explique simplemente como un atípico fenómeno de «endogénesis cultural», y suficientemente rigurosos para no verlo tampoco como una mimesis mecánica y generalmente tardía de literaturas foráneas.

La segunda parte del libro está dedicada al análisis de *Bide barrijak* y *Arrats beran*, análisis que es, o pretende ser, semiológico.

En realidad, hay un eclecticismo metodológico, que no atenta en principio al rigor y coherencia en la investigación, ya que surge de las exigencias mismas del objeto, es decir, del texto.

A un nivel o fase de descripción que podríamos denominar «intratextual», más amplio de lo que el término de «nivel fónico» utilizado en la Introducción podría sugerir, sucede, en el llamado nivel semántico y a partir de determinadas isotopías que previamente se identifican y describen, la salida a una interpretación desde las estructuras antropológico-simbólicas de G. Durand o los modelos iniciáticos de S. Vierne.

Es sin duda lo más sugerente de esta segunda parte del libro, lo más original, por nuevo en la crítica literaria vasca, y también, claro está, lo más discutible.

De cualquier manera, la lectura propuesta por Jon Kortazar es una entre las que el texto poético —por ambiguo y abierto, en sendas definiciones de Empson o Eco—, permite. Y está planteada con suficiente rigor y es, pensamos, sostenible.

Tiene además el mérito de ser la primera aproximación a la poesía vasca desde modelos simbólicos, con lo que se abre un camino lleno de posibilidades para nuestra crítica literaria.

En cuanto a la descripción textual de la poesía de Lauaxeta, hay que señalar lo exhaustivo de los diferentes niveles de análisis —el métrico-fónico y el morfo-sintáctico—, que se complementan con lo que Kortazar denomina «función poética» y «configuración del aspecto verbal», en clara analogía con algunos modelos metodológicos que el autor cita en su Introducción; aunque algunos de estos modelos —el de Todorov en su *Gramática del Decamerón*, o el nuestro en *La novela de Ignacio Aldecoa*— remiten directamente a estructuras narrativas y no poéticas.

Pero la discusión sobre el método, o alguna ambigüedad al respecto —así, en la Introducción el nivel fónico parece abarcar extrañamente lo fónico y lo morfo-sintáctico, aunque luego ambos aspectos son perfectamente distinguidos en la descripción de los textos— no dejan de reducirse en el fondo a mera cuestión terminológica, sin demasiada trascendencia real, ya que como hemos señalado el análisis textual de *Bide barrijak* y *Arrats beran* se caracteriza por su coherencia y por su capacidad de saturación del texto, marcando claramente el dinamismo poético del proceso textual, que va desde lo fónico hasta lo simbólico, y evidenciando al mismo tiempo la evolución y el progreso poético de un libro a otro.

Señalemos, para terminar este breve comentario, que *Teoría y práctica poética de Lauaxeta* enriquece notablemente el panorama todavía exiguo de la crítica literaria vasca.

Por la modernidad de los modelos metodológicos utilizados y el rigor en su aplicación. Por la luz que aporta a un momento trascendental en la historia y la renovación de la poesía vasca —los años treinta— trágica y bárbaramente decapitada por la rebelión militar del 36, de la que el propio Lauaxeta fue víctima temprana. Por darnos por primera vez una visión sistemática y completa de la rica personalidad poética de Esteban Urkiaga: como teórico militante de una renovación necesaria y como poeta innovador que, a pesar de la brevedad de su obra, ha supuesto el primer intento serio en la poesía vasca por conquistar espacios de encuentro de lo tradicional con las nuevas formas estéticas de la modernidad.

Kortazar subraya así la originalidad de Lauaxeta como creador y teorizador, en ese tríptico que forma con Lizardi y Orixe y que constituye un punto de articulación fundamental en la evolución de la poesía euskérica.

Con este buen estudio sobre Lauaxeta, Jon Kortazar corona una larga serie de trabajos menores, repartidos aquí y allí por nuestras publicaciones periódicas, e inicia, tenemos derecho a esperarlo así, un camino más ancho, de mayor aliento y envergadura, en la investigación de nuestra realidad literaria.

Jesús M^a LASAGABASTER
(E.U.T.G.)